

# NOSOTROS EN LA NOCHE

Kent Haruf

---

## 1

Y entonces llegó el día en que Addie Moore pasó a visitar a Louis Waters. Fue un atardecer de mayo justo antes de que oscureciera.

Vivían a una manzana de distancia en la calle Cedar, en la parte más antigua de la ciudad, con olmos y almezos y un arce que crecían a lo largo del bordillo y jardines verdes que se extendían desde la acera hasta las casas de dos plantas. Durante el día había hecho calor, pero al anochecer había refrescado. Addie recorrió la acera bajo los árboles y giró ante la casa de Louis.

Cuando él salió a la puerta, Addie le preguntó: ¿Puedo entrar a hablar de una cosa contigo?

Se sentaron en el salón. ¿Te traigo algo de beber? ¿Un té?

No, gracias. Puede que no me quede el tiempo suficiente para beberlo. Addie miró a su alrededor. Bonita casa.

Diane siempre tenía la casa bonita. Yo lo he intentado.

Sigue bonita. Hacía años que no entraba.

Addie miró por las ventanas al jardín lateral donde caía la noche y a la cocina donde una luz brillaba sobre la pila y las encimeras. Todo estaba limpio y ordenado. Louis la observaba. Era una mujer atractiva, a él siempre se lo había parecido. De joven había tenido el pelo moreno, pero ahora era blanco y corto. Todavía conservaba la figura, aunque algo rellenita en la cintura y las caderas.

Te preguntarás qué hago aquí, dijo ella.

Bueno, no creo que hayas venido a decirme lo bonita que está la casa.

No. Quiero proponerte algo.

¿Sí?

Sí. Tengo una propuesta.

Vale.

No es de matrimonio, dijo ella.

Tampoco se me había ocurrido.

Pero es un tema casi matrimonial. Aunque ahora no sé si podré. Estoy echándome atrás. Se rió un poco. Muy del matrimonio, ¿verdad?

¿El qué?

Lo de echarse atrás.

Puede.

Sí. Bueno, lo digo y punto.

Te escucho, dijo Louis.

Me preguntaba si querrías venir alguna vez a casa a dormir conmigo.

¿Cómo? ¿A qué te refieres?

Me refiero a que los dos estamos solos. Llevamos solos demasiado tiempo. Años. Me siento sola. Creo que quizá tú también. Me pregunto si vendrías a dormir por la noche conmigo. Y a hablar.

Él se la quedó mirando, contemplándola, curioso, cauto.

No dices nada. ¿Te he dejado sin respiración?, preguntó ella.

Supongo.

No estoy hablando de sexo.

Me lo preguntaba.

No, sexo no. No lo enfoco así. Creo que perdí el apetito sexual hace tiempo. Yo hablo de pasar la noche. De acostarse calentitos, acompañados. Meterse juntos en la cama y que te quedes toda la noche. Las noches son lo peor, ¿no crees?

Sí. Ya lo creo.

Al final termino tomando pastillas para dormir y leo hasta muy tarde y luego al día siguiente estoy grogui. No sirvo para nada.

He pasado por lo mismo.

Pero creo que si hubiera alguien conmigo en la cama podría dormir. Alguien agradable. Por la cercanía. Charlar de noche, a oscuras. Addie esperó. ¿Qué te parece?

No sé. ¿Cuándo quieres empezar?

Cuando quieras. Si es que quieres, añadió. Esta semana.

Deja que me lo piense.

De acuerdo. Pero avísame el día que vengas, si vienes. Así estaré preparada.

De acuerdo.

Espero tu respuesta.

¿Y si ronco?

Pues roncarás o aprenderás a dejar de roncar.

Él se rió. Sería una novedad.

Addie se levantó y salió y regresó a casa, y él se quedó observándola desde la puerta, una mujer de setenta años, complexión media y pelo blanco alejándose bajo los árboles iluminada a trozos por la farola de la esquina. La leche, dijo Louis. No te embales.

2

Al día siguiente Louis fue a la barbería de Main Street a cortarse el pelo, más o menos a la moda, y le preguntó al barbero si todavía afeitaban y como le dijo que sí también se afeitó. Después se fue a casa y telefoneó a Addie y le dijo: Si aún te parece bien, pasaré esta noche.

Sí, está bien. Me alegro.

Louis cenó ligero, solo un bocadillo y un vaso de leche, no quería sentirse lleno y pesado en la cama de Addie, y luego se dio una ducha caliente y larga y se frotó a conciencia. Se cortó las uñas de las manos y de los pies y ya de noche salió por la puerta trasera y enfiló el callejón cargado con una bolsa de papel con el pijama y el cepillo de dientes. El callejón estaba a oscuras y los pies arañaban la grava. Se veía una luz en la casa del otro lado y Louis distinguió a una mujer de perfil junto a la pila de la cocina. Entró en el patio trasero de Addie Moore, pasó de largo ante el garaje y el jardín y llamó a la puerta de atrás. Esperó bastante rato. Por la calle de delante pasó un coche con los faros encendidos. Louis oía a los estudiantes saludándose a bocinazos en Main Street. Entonces se encendió la luz del porche y la puerta se abrió.

¿Qué haces aquí atrás?, preguntó Addie.

Pensé que sería más difícil que me vieran.

Me da igual que te vean. Se enterarán. Alguien te verá. Ven por la entrada principal de la calle delantera. He decidido no hacer caso de lo que piense la gente. Le he prestado atención durante demasiado tiempo... toda la vida. No pienso seguir viviendo así. Por el callejón parece que estamos haciendo algo malo o vergonzoso.

He sido maestro de pueblo demasiado tiempo, dijo él. Es por eso. Pero vale. La próxima vez vendré por delante. Si hay una próxima vez.

¿Crees que no la habrá? ¿Es solo un rollo de una noche?

No lo sé. Quizá. Salvo por el sexo, claro. No sé cómo irá.

¿No tienes fe?, preguntó ella.

En ti sí. Puedo confiar en ti, ya lo veo. Pero no estoy seguro de que esté a la altura.

¿Qué estás diciendo? ¿A qué te refieres?

Al valor. A estar dispuesto a arriesgar.

Bueno, pero has venido.

Cierto. He venido.

Pues entonces será mejor que entres. No vamos a quedarnos fuera toda la noche. Aunque no tengamos motivos para avergonzarnos.

Louis cruzó el porche por detrás de ella hasta la cocina.

Tomemos una copa, propuso Addie.

Excelente idea.

¿Te gusta el vino?

Un poco.

Pero prefieres una cerveza.

Sí.

La próxima vez compraré cerveza. Si hay una próxima vez, dijo ella.

Louis no supo si era en broma o en serio. Si la hay, repitió.

¿Prefieres blanco o tinto?

Blanco, por favor.

Addie sacó una botella de la nevera y sirvió media copa para cada uno y se sentaron a la mesa de la cocina. ¿Qué llevas en la bolsa de papel?

El pijama.

O sea que como mínimo estás dispuesto a intentarlo una vez.

Sí. Exacto.

Se bebieron el vino.

¿Quieres más?

No, creo que no. ¿Me enseñas la casa?

Quieres que te enseñe las habitaciones y la distribución.

Solo quiero saber dónde estoy.

Para poder escabullirte de noche si hace falta.

Pues no, no se me había ocurrido.

Ella se levantó y él la siguió hacia el comedor y el salón. Luego Addie lo acompañó a los tres dormitorios de arriba, la habitación grande delantera con vistas a la calle era la suya. Dormíamos aquí, explicó Addie. Gene tenía el dormitorio de atrás y el otro cuarto lo usábamos como despacho.

Había un baño al fondo del pasillo y otro junto al comedor de la planta baja. La cama del dormitorio era doble y tenía una colcha de algodón fino.

¿Qué te parece?, preguntó Addie.

Es más grande de lo que imaginaba. Con más habitaciones.

Para nosotros estaba bien. Vivo aquí desde hace cuarenta y cuatro años.

Os instalasteis dos años después que Diane y yo.

Hace una eternidad.

3

Voy un momento al lavabo, dijo ella.

Mientras Addie estaba fuera Louis miró las fotografías de la cómoda y las que colgaban de las paredes. Fotos de familia con Carl el día de la boda, en la escalinata de la iglesia. Los dos en la montaña, junto a un arroyo. Un perrillo blanco y negro. Había conocido a Carl por encima, un tipo majo, bastante tranquilo, hacía veinte años vendía seguros agrarios y de otras clases por todo el condado de Holt, lo habían elegido alcalde de la ciudad dos legislaturas. Nunca llegó a conocerlo a fondo. Ahora se alegraba de no conocerlo bien. También había fotografías de su hijo. Gene no se parecía a ninguno de los dos. Era alto y flaco, muy serio. Y dos fotografías de la hija de joven.

Cuando Addie regresó, él dijo: Yo también voy al lavabo. Entró y fue al baño y se lavó escrupulosamente las manos y sacó una dosis minúscula de dentífrico y se cepilló los dientes y se quitó los zapatos y la ropa y se puso el pijama. Colocó la ropa doblada sobre los zapatos y lo dejó todo en el rincón detrás de la puerta y volvió al dormitorio. Ella se había puesto el camisón y se había metido en la cama, con la lamparilla encendida y la luz del techo apagada y la ventana entreabierta. Entraba una brisa suave y fría. Louis se quedó de pie junto a la cama. Ella apartó la sábana y la manta.

¿Vas a acostarte?

Lo estoy pensando.

Se metió en la cama, a un lado, tiró de la manta y se tumbó. Todavía no había dicho nada.

¿En qué piensas?, preguntó ella. Estás muy callado.

En lo raro que es esto. Es nuevo estar aquí. Me siento desconcertado, y algo nervioso. No sé en qué pienso. En un montón de cosas.

